

cuyos términos iban, enviaban aviso á los de la provincia á donde se dirigian, para que supiesen que llegaban y les saliesen de paz; y yendo por la tierra de los dichos iban de noche y no de día. Los dichos mercaderes se llaman tambien capitanes y soldados disimulados en hábito de mercaderes, que andaban por todas partes, que cercaban y daban guerra á las provincias y pueblos.”

Pero estos comerciantes que la corte de México se complacia en honrar por la importancia de los servicios que prestaban, eran aborrecibles con extremo á los pueblos fronterizos, que veian en ellos, así como en las tropas que los favorecian, una constante amenaza á su independenciam y libertad.

Por otra parte, el rey de Teozapotlan tenia motivos especiales de profundo desagrado: habia sufrido en la ejecucion de sus designios una sensible contrariedad. Para debilitar á los mixtecas, procuró meterlos en una guerra peligrosa; mas léjos de alcanzar sus fines, él mismo fué invadido en sus Estados por aquellos temibles extranjeros que toda la tierra querian avasallar. Habia sido cogido en sus propios lazos y se veia humillado en su orgullo de monarca. Necesario era librarse de aquellos opresores y emprender la obra de sacarlos de sus dominios, aunque para ello fuese preciso correr el riesgo de sucumbir en la demanda. Zaachilla III tomó esta resolucion definitiva. Para llevarla á término cumplido, tomó las medidas convenientes: renovó sus alianzas, levantó secretamente sus ejércitos, dictó sus órdenes á los caciques que le estaban subordinados, extendió sus influencias á los pueblos lejanos de Tehuantepec y de la costa del Atlántico, y pronto ya á dar el golpe meditado, fué sobrecogido por la muerte.

Era preciso que semejante adversidad retardarse la sangrienta guerra preparada; pero fué insuficiente para impedir la del todo: los ánimos estaban predisuestos y Zaachilla habia dejado por heredero de su cetro á su hijo Cosijoe-

sa, ¹ héroe en el valor y más profundamente astuto que su padre. Celebradas, pues, las ceremonias de entronizacion y tomadas las precauciones que aconsejaba la prudencia, la guerra comenzó.

7.—Como era de esperarse, la primera sangre vertida fué de los odiados comerciantes. Cierta caravana que de Tuxtepec habia pasado á Jicalanco, regresaba ya cargada de riquezas á su patria. Algunos de ellos, separándose de los demás, segun costumbre, atravesaron las montañas zapotecas, y sin recibir daño, llegaron hasta el valle de Oaxaca. Al pasar cerca del antiguo santuario de Mitla fueron reconocidos, asaltados y muertos por los súbditos de Cosijoesa, que daban así principio á las hostilidades. Duran refiere el acontecimiento en estos términos: ² “Los cuales, volviendo á su ciudad llegaron á un pueblo que está ántes de llegar á Guajaca, que se llama Mictlan. Llegados allí, los de Guajaca tuvieron noticia de su llegada, y saliéndoles al camino á la salida del pueblo de Mictlan, los mataron y les quitaron todo lo que traian de oro y joyas y cosas de concha de mucha curiosidad y guesos de pescado y otras curiosidades que los de Guazacualco enviaban al rey Moctezuma, y muertos los dejaron fuera del camino para que fuesen comidos por las aves, y así fué que allí fueron comidos de las auras.” ³

Este atentado fué como la señal de un general asalto á todos los mercaderes que viajaban por el país. Por donde quiera estos infelices se vieron acometidos ⁴ en los caminos,

¹ Vease á Brasseur de Bourbourg. Histoire de Mexique, t. 3, lib. 11, cap. 3.

² Duran refiere esta guerra al tiempo del reinado de Moctezuma II huicamina; pero consta que la guerra de Mitla fué en 1494. (Códice Letell. Rem).

³ Duran, Historia. Tom. 1, cap. 28.

⁴ Brasseur citado, l. 11, c. 3.

despojados de sus mercaderías y cruelmente atormentados por los implacables zapotecas, que arrastraban sus cadáveres y los arrojaban en los barrancos para que fuesen pasto de las fieras. No fué mejor la suerte de los cuerpos del ejército mexicano encargados de su defensa: las plazas militares fueron sucesivamente batidas y tomadas, sin que en todo Oaxaca se hubiesen podido salvar sino dos fortalezas, Teotitlan del Camino y Huaxyacac. Una gran caravana de mercaderes que viajaba entónces por la costa del Norte, fué repentinamente acometida por los tehuantepeques, los zapotecas y otros pueblos: forzada á encerrarse en *Quahu-tenanco*, para no perecer, tuvo que sostener un largo y estrecho sitio de cuatro años.¹

Ahuizotl recibió la primera noticia de aquellas revueltas, de unos mercaderes chalcas, que, al pasar por Mitla, reconocieron á las primeras víctimas de los zapotecas, medio devoradas ya por las fieras, y que escurriéndose por los bosques habian podido llegar salvos á México: indignado, á la cabeza de sesenta mil combatientes² marchó con sus aliados hácia Huaxyacac. Los zapotecas supieron que se aproximaba, cuando Mitla lo tenia con todas sus fuerzas sobre sí. Este desgraciado pueblo fué pronto presa de Ahuizotl: sus casas fueron incendiadas y sus habitantes pasados á cuchillo. No se perdonó á los ancianos ni á los niños. El antiguo santuario vió por primera vez á sus respetados sacerdotes destrozados por el filo de la espada. Los mexicanos contaron que la sangre habia corrido á torrentes, que los edificios habian sido arrancados desde sus cimientos y que los zapotecas habian sido exterminados, en términos que hubiese sido preciso repoblar la comarca. Mitla, sin embargo, pudo sostener una nueva gue-

¹ Sahagun. Historia de las cosas de Nueva España, l. 9, c. 2.

² Ese número de soldados le dan Bresseur y Duran en los lugares citados.

rra no muchos años despues. De todas maneras, la guerra parece haberse limitado por entónces á este pueblo; y ya sea porque Ahuizotl se hubiese dejado conmovier con la matanza de Mitla, ó ya que Cosijoesa hubiese encontrado el medio de aparecer neutral, la saña mexicana no se hizo extensiva á los demás pueblos del valle. Dándose por satisfecho de las injurias recibidas, Ahuizotl dirigió serias amenazas á Cuilapan y á Teozapotlan, obligándolos á mantenerse en respeto, mandó que el grueso de su ejército continuase su marcha hácia Tehuantepec, Soconusco y Guatemala, y el mismo regresó á su capital para saborear los frutos de su victoria. El saqueo de Mitla tuvo lugar en 1494, pues se sabe que en este año fueron inmolados á Huitzilopochtli los cautivos de este pueblo.¹

8.—Pero Ahuizotl habia dado demasiado pronto por concluida la campaña. La partida del ejército enemigo hácia Tehuantepec, era la ocasion escogida por Cosijoesa para dar á sus planes completo desarrollo. Luego envió sus embajadores al rey de Achiutla para decirle que habia llegado el tiempo de obrar; que el ejército mexicano, dividido en dos secciones, distantes uno de otro considerable número de leguas, podia ser destruido fácilmente; que para tan gloriosa empresa pusiese sus soldados á las órdenes del mismo Cosijoesa; que iria á Tehuantepec, miéntras el rey de Achiutla quedaba en sus Estados cuidando no llegase al enemigo socorro alguno de Tenochtitlan. Para más asegurarlo, le indicó la conveniencia de que soldados mixtecas guardasen el orden en Teozapotlan durante la ausencia del cacique.

Como resultado de estas inspiraciones, descendieron al valle de las montañas mixtecas venticuatro mil soldados mandados por veinticuatro valientes capitanes dispuestos á

¹ Bresseur en el lugar dicho, citando el Cód. Tell. Rem.

marchar á donde los llevase Cosijoesa, miéntras otro considerable cuerpo de tropas se encargaba de guardar el órden en Teozapotlan.

La idea del momento del zapoteca habia sido combatir efectivamente con los mixtecas á los mexicanos, y al mismo tiempo debilitar con este pretexto la frontera mixteca y caer sobre ella cuando fuese ménos esperado, disponiendo despues á su placer de los soldados indiscretamente puestos á sus órdenes y que préviamente se habia propuesto desarmar en su capital, Zachila. Tan pérfido pensamiento no se realizó, porque el rey mixteco, no por recelar cosa alguna de la lealtad de su confederado, sino por la costumbre de guardar las avenidas de su imperio al enviar sus tropas á lejanas conquistas, dispuso que otras no ménos numerosas permaneciesen en observacion en el pueblo de Cuilapan.

Tan sábia determinacion hubiera colocado en muy difícil posicion á otro ménos fecundo en recursos que el ingenioso Cosijoesa: porque, en efecto, ni podia sin peligro de ser vencido atacar las fronteras de sus cautos aliados, ni sabia qué hacer de aquellas tropas puestas á sus órdenes para una campaña que no queria emprender abiertamente bajo su propia responsabilidad. En tal conflicto, Cosijoesa resolvió caminar á la campaña. Pero el tortuoso zapoteca, tomando consejo de su perverso corazon, se habia reservado para esta ocasion volver á su primer designio. Contra su gusto, y á pesar suyo, se veia obligado á buscar en la guerra la enemistad de los mexicanos, á quienes hubiera preferido seguir engañando con las falsas señales de secreta amistad, miéntras movia y lanzaba contra ellos á la nacion vecina; pero aun dando el rostro á los peligros, él encontraría el modo de destruir á los mexicanos con los mixtecas, y á éstos con las armas de aquellos, quedando él solo aprovechado despues de la sangrienta lucha. Además, que podia demostrar en un caso extremo, que entre las cualidades de su persona no hacia falta el valor heróico.

Levantó, pues, tropas en sus Estados, declaró la guerra á Tehuantepec, destinó los pueblos de Nejapan y Quiechapán para proveer de armas y mantenimientos á su ejército y para que allí fuesen curados sus heridos, puso en la vanguardia á los mixtecas, entró á sangre y fuego por los valles y las sierras, sujetando á su dominacion toda la tierra. Nadie le resistió con éxito en el camino de Tehuantepec, así porque los mexicanos, llevando sus miras adelante, habian dejado escasas guarniciones ó cuerpos de inválidos y enfermos, como porque los mismos mexicanos, en su tránsito, habian sembrado ya el espanto y el miedo por todas partes. En todo esto los mixtecas habian estado en los puestos más difíciles y peligrosos: ellos solos combatian y eran despedazados en lo más encarnizado y cruel de las batallas. Despues de una marcha heróica entre dos cerros, que los mixtecas pasaron peleando sin cesar, Cosijoesa llegó victorioso á la entrada del valle de Tehuantepec.

En esta última villa necesitó hacer un esfuerzo supremo de inteligencia y de valor para salir airoso en su empresa. Toda dilacion debería serle funesta en el punto que la guerra habia alcanzado, porque noticiosos de su llegada los generales mexicanos que andaban por Guatemala, era forzoso que á toda prisa regresasen sobre él, miéntras por el lado contrario, Ahuizotl, sabedor de lo que pasaba, enviaria, preciso era suponerlo, ejércitos de refresco al socorro de los suyos. Sin pérdida de tiempo, debería obtener una victoria decisiva ó resolverse á perecer: pues bien, lo primero era sobremanera difícil: habia que vencer á la guarnicion mexicana que habia quedado en Tehuantepec, y ésta era un ejército en forma, numeroso y aguerrido; además, habia que desalojar á los huaves, antiguos pobladores del lugar, unidos entónces á los mexicanos, arrojándolos de sus hogares, lo que por sí solo presentaba no poca dificultad. Todo lo hizo el rey de Zachila con la prontitud y destreza de un experto general.

9.—No bien hubo ceñido sus sienes con tan rápida como ilustre victoria, cuando vió realizadas sus previsiones, recibiendo la noticia de que, en efecto, el emperador de México, sabedor de los acontecimientos, destacaba contra él sus capitanes más afamados y sus tropas más aguerridas, tan cierto de vencer, que había inculcado entre sus órdenes la muy expresiva de que fuese conducido vivo á su presencia el rey de Zachila, para ejecutar en él un castigo que sirviese en lo futuro de escarmiento. El soberano de México estaba indignado por tanta osadía, no pudiendo comprender que hubiese álguien en el mundo capaz de resistir la invencible pujanza mexicana; y estaba determinado á desplegar su poder, cuan grande era, contra el temerario Cosijoesa. Este, por su parte, era demasiado sabio y prudente para dejarse arrullar por los cantos de victoria, arrojándose á descansar sobre sus primeros laureles. Reflexionó que la fuerza enemiga era superior y mejor disciplinada que la suya; que al aproximarse á Tehuantepec, la tierra se conmoviera, y que estando recientemente conquistada y aun mal sujeta á sus nuevos dominadores, se rebelaría contra ellos uniéndose á los mexicanos, y que solo él tendría que combatir á tantos adversarios, sin contar con recursos algunos en el país.

No por eso perdió el ánimo. Fortaleció las plazas; recorrió con mirada inteligente los montes, buscando sitio á propósito para establecer su campo; en una cordillera que corre bordeada y defendida por un caudaloso río desde Jalapa, escogió una alta cima, en la que con peñas y lejas levantó un fuerte muro, sin olvidar el respectivo contra-muro; pareciéndole insuficiente el agua que brotaba de unos manantiales dentro del recinto fortificado, abrió estanques y aljibes capacísimos, que llenó de agua y de peces vivos; hizo un gran acopio de carne salada, maíz y otras semillas, librando además apremiantes órdenes á Nejapa y Quiegolani para que se le remitiesen continuamente repuestos de gente,

vitualas, saetas, chuzos, mazas y todo género de armas para el ejército; embarazó el paso del río con los obstáculos que le sugirió su ingenio; determinó que los mixtecas, en número de veinte mil, todos esforzados y valientes, se situaran en la banda opuesta del mismo río, hácia el Norte, en un pequeño valle; y en fin, él mismo, cuando lo creyó oportuno, preparado con enormes montones de piedra para arrojar y hacer rodar, y provisto de saetas y arpones envenenados, se encerró con los suyos en el recinto amurallado, resuelto á perecer ántes que rendirse. Anduvo en todas estas fatigas con tanta diligencia, que cuando el ejército mexicano llegó, todo estaba terminado, y prontos, zapotecas y mixtecas, á una tenaz y vigorosa resistencia.

10.—Los soldados de Ahuizotl estaban cansados de un viaje de más de ciento veinte leguas, muchos habían llegado enfermos, ó se sintieron dolientes al pisar el suelo ardiente y malsano de Tehuantepec, y además, el aspecto marcial de los enemigos y el formidable de su campo, era capaz de imponer miedo á los más valientes: para no exponer, pues, el ejército entero en el éxito muy dudoso de una sola batalla, resolvieron los generales no acometer, sino reducir por hambre á los zapotecas, y por lo mismo, acamparon desde luego en las vertientes de la montaña fortificada: de este modo, además, daban tiempo para que las tropas que andaban por Guatemala y que á largas marchas regresaban, pudieran reunirseles, engrosando sus filas y haciendo más verosímil el buen resultado de la campaña.

Los primeros días, los dos ejércitos permanecieron á la vista, sin más novedad que algunos choques poco importantes entre las tropas avanzadas de uno y otro. Los mexicanos se ocupaban en rodear la montaña para hacer formal y estrecho el sitio; los zapotecas practicaban sendas ocultas para caer de improviso sobre sus enemigos. Regularmente los primeros, durante el día, trabajaban ó combatían, y á la

noche, dejando bien colocada su gran guardia, se recogían á su campo. Cuidadosamente observados por los zapotecas, una noche, cuando ménos lo esperaban, vieron á éstos llegar á su campo, pero con tanta rapidez, que apenas pudieron evitar una total derrota. Los zapotecas, por los caminos abiertos poco ántes, habían descendido con tanto silencio, que los mexicanos no se apercibieron del movimiento hasta que los tuvieron sobre sí.

Desde esta ocasion, estos últimos fueron extraordinariamente vigilantes, sin que por eso evitaran que con igual sorpresa y gran estrago los acometieran de nuevo los zapotecas. Estos, por lo regular, al combatir se dividían en dos secciones, de manera que cuando la vanguardia se hallaba en lo más empeñado de la lucha, la retaguardia entraba de refresco á decidirla. La imaginación de Cosijoesa era inagotable en ardidés, siempre de infalible resultado por lo mismo que eran creaciones de su fecunda inventiva. Frecuentemente, mientras una parte de los suyos hacía frente á campo abierto al enemigo, él mismo, con la otra parte, encontraba el modo de escurrirse por los barrancos y bosques, cayendo de repente á retaguardia de los mexicanos ó invadiendo el campo descuidado del enemigo y haciendo en él carnicería espantosa. Así, un día por un lado, una noche por otro, variando los acontecimientos, pronto encontraron los mexicanos que les faltaba la mitad de la gente, sin contar con los muchos enfermos y heridos que, lejos de ser útiles al ejército activo, le estorbaban.

Además, que los zapotecas no se conformaban con vencer, sino que de los muertos mismos que se recogían en el campo, salando y disecando la carne, hacían nuevas provisiones. A un capitán que cogieron herido le mostraron una especie de baluarte formado con los cráneos y demás huesos de los mexicanos, cuya carne, convertida en cecina, estaba ya en los almacenes; en seguida le devolvieron la libertad para que aterrorizara á los suyos con la narración

de lo que acababa de ver. Aquel sitio parecía interminable. Los mexicanos no pudieron vencer solos ni reunidos con los de Guatemala que esperaban. En el espacio de siete meses, tres veces habían llegado de México refuerzos considerables, sin que nunca se lograra forzar la garganta y llegar al valle de Tehuantepec, ya que no destrozaron completamente á Cosijoesa.

Mirando, pues, Ahuizotl que el valor del rey zapoteca era invencible, que sus soldados disminuían con rapidez, así por los estragos de la guerra como porque las enfermedades los diezmaban, y que nada lograba por la fuerza, quiso tentar el camino de las negociaciones y propuso la paz á Cosijoesa bajo condiciones ventajosas. El rey zapoteca dió esperanzas de llegar á un final avenimiento y entró en pláticas con los mexicanos. Como el arreglo definitivo debía sufrir retardos por hallarse muy distante Ahuizotl y Cosijoesa no quisiese perder el tiempo inútilmente, levantó una parte de sus tropas, la condujo por las orillas del mar, rumbo á Soconusco, conquistó para sí el país sobre que habían pasado ya las armas mexicanas, y regresó á su campo cargado de despojos.

II.—Entretanto, sus representantes habían tenido tiempo de ir á México y arreglar con Ahuizotl las condiciones de la paz, entre las que figuraba como la principal, por creerse que había de ser el sólido cimiento de la firme y duradera alianza que uniría en lo sucesivo á los dos reyes, el enlace matrimonial de Cosijoesa con la más bella de las hijas de Ahuizotl.¹ Las historias zapotecas, que siempre

¹ Varían los historiadores al tratar del parentesco de la esposa de Cosijoesa con los emperadores de México: unos creen que era hija de Moteczuma, otros la hacen su hermana y otros su sobrina. El Cód. Letell. de la Bibliot. real dice que era hija de este emperador. Duran no decide la cuestión: "desta Señora quantan algunos, dice, (tom. 1, c. 55), que no era hija de Moutezuma, sino hermana, en lo cual va poco á de-